



**PIDAMOS A DIOS, NOS
MANDE SU ALEGRÍA**

PIDAMOS A DIOS, NOS MANDE SU ALEGRÍA

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

OCTUBRE 2016

5,000 Ejemplares

PIDAMOS A DIOS, NOS MANDE SU ALEGRÍA



Desde el Bautizo nos hizo hijos de Dios, nos dio su Espíritu Santo y su Paz con su Alegría.

A través de San Pablo, quien se encontraba cautivo y prisionero y desde ahí encontraba a Cristo y por ello es condenado a morir y les dice: “Alégrense en el Señor”, con la gran alegría espiritual, es una alegría profunda que está en nuestro corazón, debe permanecer en medio del sufrimiento, de las preocupaciones, de la pérdida de un ser querido.

El Cristiano tiene que vivir en la Alegría de Dios, que nos trae la Paz, no la que da el mundo, les digo para que mi Alegría esté con ustedes y que su Alegría sea plena.

LA PERFECTA ALEGRÍA Y LA AUGUSTA TRINIDAD



Dios es la fuente inagotable de la perfecta alegría, porque Él es el perfecto Amor que se está comunicando sin nunca consumarse y que de la plenitud de ese divino manantial participamos todas las creaturas.

La Luz es la alegría en todos los sentidos que la consideremos. Luz, material que hace resplandecer aún los cuerpos más oscuros. Luz moral que realiza sorprendentes cambios aún en los espíritus más depravados. Luz intelectual

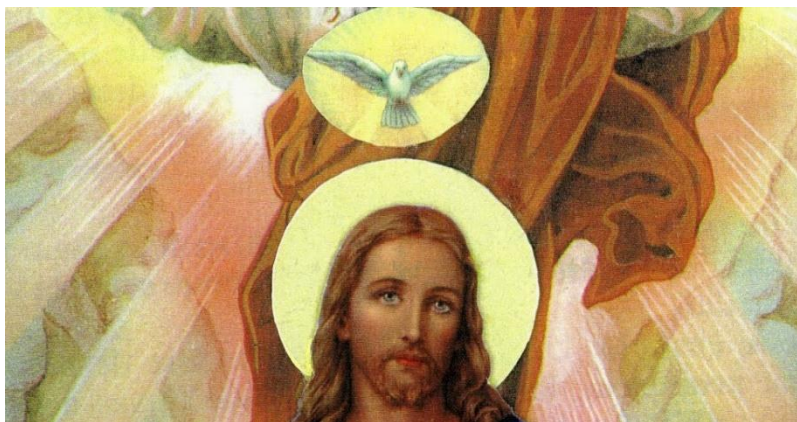
que esclarece los entendimientos más obtusos. Luz espiritual que realiza los cambios más extraordinarios en aquellos corazones rebeldes, transformándolos en espíritus que irradian bondad y que comunican luminosidad.

Luz divina, que es la más genuina presencia de la Misericordia de Dios, derramándose en los hombres en esa maravillosa efusión como lo hizo en el momento de la Encarnación del Verbo, en el momento del Bautismo de Cristo en el río Jordán, en el Misterioso momento de la Transfiguración, en el esplendor de la Resurrección del Redentor glorioso y de manera especial en aquel Domingo de Pentecostés en que en una impetuosa lluvia

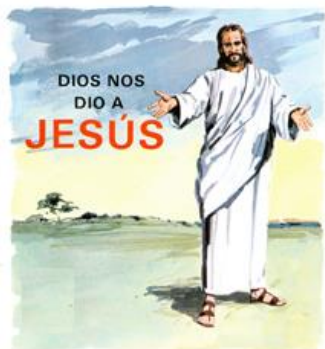
de flamas se posaba sobre los orantes que se encontraban reunidos en Jerusalén, anhelantes de que se cumpliera la promesa del Salvador.

El Padre celestial ama a su Hijo y de ese divino amor procede el Espíritu Santo, El Padre y El Hijo aman tanto a los hombres que, en prueba de esa divina caridad, el Padre envió a su Hijo con un mensaje de Salvación en el que le comunicaba al pecador el perdón de su culpa, y le comunicaba grandes verdades conocidas hasta entonces, únicamente por la sabiduría de Dios. Y el Padre y el Hijo enviaron como suprema manifestación de su amor por el hombre el Don del Espíritu Santo: consuelo divino, concedor del Misterio trinitario, alegría indefectible de toda Bondad y de toda Verdad.

De aquí que el hombre, sabia y correctamente se acerque a esta Fuente de Alegría a este Manantial de Gozos, que superan todo deleite humano, a ese manjar que contiene en sí todo deleite y que, simplemente, con humildad y confianza, le presente a la Augusta Trinidad esa necesidad de Gozo divino que solamente la Bondad de Dios puede saciar.



HAY MÁS GOZO EN DAR QUE EN RECIBIR



¡Qué hermosa palabra hemos recibido de los labios del mismo Salvador! “Hay más gozo en dar que en recibir”

Es la bondad divina la que nos ha ofrecido gratuitamente la sorprendente obra de la creación, esas selvas impenetrables, esas nevadas cordilleras, esos ríos inexplorables, esos desiertos majestuosos, esos apacibles valles, esos imponentes riscos que rasgan el azul del

cielo y que impiden ser dominados por el ingenio y audacia humana y ¿Qué no decir de esos silenciosos lagos, escondidos en los más insólitos parajes?

Pero, comparada la obra de la creación material a la recreación espiritual que la Misericordia de Dios ha hecho para rescatar al hombre de la esclavitud y oscuridad a donde lo había arrojado su propio pecado, no hay comparación posible para imaginar la maldad y perjuicio que el hombre se había hecho rechazando el amor de Dios y todos sus beneficios, tan sólo porque quería satisfacer sus propios egoísmos, y el hombre prefirió hacer su propia voluntad y apartarse de Dios y recorrer esos desiertos de aullidos y maldiciones, y sufrir el dolor y experimentar el odio y el rencor contra el hermano y vivir expuesto a una guerra sin final.

Y Cristo, el Verbo encarnado, vino de parte de Dios Padre a enseñarnos con su Palabra y con su ejemplo el camino de la vuelta hacia Dios. Cristo era la Luz, era Dios, y por lo tanto podía enseñarnos el camino para volver a Dios y por eso se reveló como Camino Vivo y Verdadero.

Cristo, era la Verdad y por eso Él era el enviado por el Padre para que nos comunicara y nos revelara el Misterio de Dios y nos enseñara la Verdad que nos abriría las Puertas del Paraíso.

Y el Espíritu Santo, vive, actúa desde el santuario de nuestro propio corazón para purificarnos con su Fuego e impulsarnos con su Caridad y llevarnos eficazmente a Dios.

GRACIAS ESPÍRITU DE GOZO CONSUMADO



Eras Tú quien hacías presencia en la insuperable obra de la Creación, vivificándola con tu Omnipotencia y dándole a cada ser su medida y correcta posición, comunicándoles a cada uno de tu Bondad y Armonía.

Gracias Espíritu Santo, porque bajo tu Misericordia infinita se realiza la Encarnación del Verbo en el vientre virginal de la Virgen María. Fuiste Tú quien la preparaste, colmaste de gracias y la embelleciste para que fuera la Madre del Redentor y la Madre

de todos los redimidos y que gozarían para siempre las alegrías propias de una unión indestructible con la Augusta Trinidad, disfrutando de todas las alegrías divinas.



Gracias Espíritu Santo por la asistencia eficaz que ofreciste a Jesucristo para que cumpliera con toda perfección la obra de la Redención del género humano.

Gracias, Espíritu Santo porque descendiste el día de Pentecostés sobre la Iglesia para consagrarla y embellecerla con todas tus Gracias y Dones y continuas a través de los tiempos está santificadora acción.

Gracias, Espíritu Santo por todas las luces que derramas en mi vida, revelándome el misterio de Dios e inflamando mi corazón en el Fuego de tu Divina Caridad.

Gracias porque me explicas el mensaje que el Verbo de Dios me reveló de parte de Dios Padre, y me das la fuerza necesaria para poder vivir.

Gracias, espíritu Santo, por esa íntima, eficaz, actividad con la que vas transformando mi vida haciéndola cada día una alabanza más perfecta al Padre de los cielos.

Padre pleno de bondad y misericordia infinita, vengo a pedirte me concedas participar de esa alegría que ha de haber embargado a tu amoroso corazón cuando viste a lo lejos el retorno del Hijo que locamente había exigido le dieras la herencia que le pertenecía, porque quería recorrer los caminos del mundo y conocer a su manera los misterios de la vida.



Tu corazón de padre se entristeció, pero, respetuosamente y después de haberlo aconsejado, tuviste que respetarle su alocada decisión y con gran tristeza lo viste alejar de la casa paterna lleno de ilusiones y huecas esperanzas.

Nos dicen los textos sagrados que se fue a países lejanos en donde malgastó la herencia hasta quedar en la más deplorable miseria en donde para subsistir tuvo que trabajar cuidando cerdos y realizando los más vergonzosos oficios, que no le bastaban para comprarse un buen alimento y se vería obligado a alimentarse con las bellotas con las que alimentaba a los cerdos que tenía que cuidar.

Desde la noche de su desgracia reflexionó su desgracia, lleno de valentía se dijo: “Me levantaré e iré junto a mi padre y le pediré perdón”

Se ve que este muchacho conocía bien el misericordioso amor de su padre.

Y tan pronto como vio venir aquel padre a su hijo, que estaba perdido y que ahora había vuelto, su corazón se llenó de inmenso gozo y mandó a los sirvientes que trajeran el mejor vestido y que hicieran venir a los músicos y que mataran el becerro más cebado y que hubiera fiesta en la casa porque había vuelto aquel hijo que estaba perdido.

Toda la casa y los corazones eran una fiesta de contagiosa alegría y júbilo creciente.



Tanto en el corazón del Padre, como en el corazón del hijo que volvía se escuchaban campanadas de felicidad que se esparcían por todos los ámbitos.

Zaqueo, era en Jericó, recaudador de impuestos, por parte del Imperio Romano. Hombre pequeño de estatura, pero sagaz en sus acciones financieras, Zaqueo había oído hablar de los milagros que realizaba aquel hombre que recorría la comarca derramando bondad, curando a cuanto enfermo encontraba a su paso, compadeciéndose de los que sufrían.

Deseando, ver al taumaturgo cuando pasara cerca de la arboleda de sicomoros, optó por subir a un árbol y desde esa altura poder ver al insigne rabino.

Zaqueo, esperaba la turba donde venía el Maestro.

Grande fue la sorpresa que aquel Rabino, que conocía el fondo del corazón humano, dirigiendo su mirada sobre Zaqueo, le mandó que bajara del árbol porque era preciso que el Maestro se hospedara en su casa.

Rápidamente Zaqueo obedeció y le preparó una morada al Maestro.

Durante la cena, Zaqueo le dijo a Cristo: Mira Maestro, estoy dispuesto a devolver todo lo que injustamente he tomado, y a distribuir la mitad de mis riquezas entre los pobres.

El corazón misericordioso de Cristo rebosaba de alegría al comprobar la buena voluntad de Zaqueo y la acogida tan generosa que le había brindado al llamado de Dios.

A Zaqueo no le importaban las burlas de sus compañeros, que verificaban el cambio tan radical que se había obrado en su comportamiento.

En el corazón de Zaqueo todo era fiesta y júbilo, Dios había invadido su casa, pero, más que nada sus sentimientos, afectos y anhelos hasta sus más recónditos rincones, lo que estaba perdido había sido encontrado y había sobrado motivo para agradecer a Dios su infinita bondad.

La Misericordia de Dios no se cansa de esperar al hombre y hacerse presente cuando menos lo piense. Toca al hombre no dejar pasar a Dios cuando Éste se haga presente en nuestra vida.

ESPERA GOZOSA RECOMPENSADA

Había estado largo el camino y fatigosa la subida al Calvario. Había habido de todo, gritos de soldados que apresuraban la marcha y por lo mismo el momento de la ejecución sangrienta, gritos de insultos por la interrupción de las Fiestas Nacionales, las solemnidades Religiosas más importantes.

También había en esos momentos, gritos de compasión de aquellos corazones que piadosamente se compadecían de aquel reo que subía tan fatigosamente por las apretadas multitudes dando tumbos bajo el peso de su cruz.

En la cima del Calvario crucificaron a Cristo, juntamente con otros dos sentenciados a muerte. Uno de ellos, Gestas no dejaba de maldecir y quejarse de la situación molesta en la que se encontraba, blasfemaba

contra Cristo y le pedía que hiciera un milagro que los salvara de aquella condena.

Dimas, en cambio defendía a Cristo y se compadecía de Él, y le rogaba tan solo, que cuando estuviera en su Reino se acordara de él, y que le compartiera gozar de su triunfo.

Viendo el Redentor tanta fe en Dimas le prometió que ese mismo día estaría con Él en gozando en el paraíso.

Dimas ya no sentía dolor de su suplicio, tenía plena confianza en Cristo su Salvador y se arrojaba pleno de confianza en su Misericordia infinita. Estas eran las primicias de la Redención, motivo por el cual había venido el Hijo Salvador de los hombres.

Cristo, gozaba al ver como los frutos de la Redención estaban produciendo sus esperadas promesas.

EL VERBO DE DIOS EXPERIMENTABA EL GOZO HUMANO

De Jesucristo afirmamos que es verdadero Dios y que es verdadero hombre y que puede actuar tanto la naturaleza divina como la naturaleza humana. Y así como pudo haber gozado con toda la capacidad que le brindaba la naturaleza divina, realizando toda clase de hechos que competen a la divinidad. Así mismo, pudo soportar todo ese cúmulo de dolores propios del misterio de la Redención y que libre y voluntariamente lo aceptó para glorificar a Dios y expiar los pecados de todos los hombres.

Los santos evangelios nos presentan a Cristo exultando en el gozo del Espíritu Santo, alabando a su Padre celestial, como solamente el Unigénito podrá hacerlo. Nos narran también, aquella calurosa amistad que tenía

con Lázaro, Marta y María sus amigos de Betania a los que solía visitar para compartir momentos de placentera alegría.

El Verbo de Dios, en su calidad de Unigénito Rey Supremo de la creación, el Hijo predilecto del Padre, el Ungido por antonomasia del Espíritu Santo, el Salvador Universal del género humano, gozaba de todo cuanto existe y existirá en toda la creación.

Pero, la alegría más íntima y peculiar que el Verbo de Dios gozaba era la experiencia de ser Él, el Mediador universal, único y cualificado entre Dios y los hombres y entre éstos y Dios.

En los planes de la Providencia, el Verbo de Dios había sido elegido como medio indispensable en la obra de la Redención de los hombres. Él era la hostia de Expiación perfecta, totalmente agradable a la Divinidad y perfectamente representativa a favor de los hombres. Y esta grandiosa Verdad el Verbo de Dios la vivía, la gozaba, la disfrutaba, como Unigénito de Dios Padre y Consagrado y preparado para esta sublime misión.

*NADIE COMO EL VERBO ENCARNADO HA PODIDO GOZAR DE TODOS LOS
SERES DE LA CREACIÓN COMO A ÉL LE HA TOCADO ESTA DICHA*

EI GOZO DE HABER ENCONTRADO LO QUE ESTABA PERDIDO

Son muchas las parábolas en las que en forma familiar Cristo habla a sus discípulos del gozo que tiene Dios cuando uno de sus hijos abandona el camino de la perversión y vuelve al cumplimiento de la voluntad de Dios.

Así se nos habla de la alegría que tiene el pastor cuando después de buscar la oveja que se le había perdido, felizmente la encuentra, la carga sobre sus hombros y la lleva al aprisco.



De manera semejante nos habla del gozo que experimenta la mujer que ha perdido una moneda, se pone a buscarla cuidadosamente y, una vez encontrada, llama a sus amigas para compartirles su gozo.

Y ¿cuál no sería el gozo de la viuda de Naín, que después de haber perdido a su hijo, Cristo se lo devuelve resucitado?

Recordemos la escena de aquella mujer que había sido sorprendida en flagrante, y que, por lo tanto, según la ley de Moisés debe ser apedreada hasta que alcance la muerte.

Cristo contempló cómo aquellos hombres están dispuestos a matarla, Cristo se acerca al grupo y comienza a escribir en el suelo, diciendo: “El que tenga limpia la conciencia, que tire la primera piedra”, y uno tras otro se van retirando dejando libre a la mujer. Cristo le dice: ¿Dónde están los que te acusaban?, todos se han ido., Pues si nadie te condena, yo tampoco lo hago, vete y no quieras volver a pecar.

Finalmente, la parábola del sembrador que sembró la semilla y unos granos produjeron treinta por ciento, otros sesenta por ciento y hubo algunos que el noventa por ciento.

Así acontece en la vida, hay hombres que no producen sino escuálidas cosechas, otros más abundantes, y otros producen abundantes frutos que son el gozo del sembrador.

Pidamos al Sembrador quien ha puesto la buena semilla que nuestra siembra produzca abundantes frutos, que sean motivo de gozo y felicidad.

ORACIÓN



Señor, participame de tu Alegría, participame de tu Felicidad, que sea una Alegría de verdad, que sea la tuya la que nos queda en el corazón y en el pensamiento, que vivamos con tu Alegría y que Tú seas nuestra fuerza, que podamos ser fieles a tu Palabra, que nos ofrece gozo y la paz duradera.

Padre de Bondad y de Misericordia infinita, llenos de confianza filial te pedimos nos concedas participar el gozo inefable en donde Tú habitas. Alegría sin límites, Gozo que supera toda alegría creada porque ese gozo eres Tú mismo, que nos haces experimentar la grandeza de tu divina caridad, la solicitud tan apremiante con la que diriges nuestra vida, la premura y exactitud con la que vas solucionando nuestras necesidades. El gozo espiritual con el que orientas nuestra vida y la de todos aquellos que te amamos.

Guárdanos y consérvanos en tu gozosa Paz, que es la expresión de tu Amor por nosotros.

